

El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.		Ptas.
En toda España, trimestre.		4'50
	año	5'00
ANUNCIOS.	Los suscritores, línea...	0'05
	Los no suscritores, »	0'10
NÚMEROS SUELTOS.		0'15
REMITIDOS.	Precios convencionales.	

Olot 16 de Octubre de 1892.

Año I. Núm. 16.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no estén adelantado su importe. —Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

COLABORACIÓN INÉDITA.

MI CASERO.

TEXTO DE LUIS TABOADA. —DIBUJOS DE MELITON GONZALEZ.—FOTOGRAFADOS DE LAPORTA.

Yo vivía en el cuarto de la derecha y él en el de la izquierda. Se llamaba don Prisco y tenía cuatro casas en Madrid y un pinar en Soria y una huerta en Aragón y una sobrina en su domicilio, que hacía veces de criada.

La pobre chica pasaba las penas del purgatorio con aquel viejo ridículo, que le tasaba los alimentos y la hacía andar por casa en paños menores para que no estropease la ropa. El, á su vez, usaba por todo abrigo una bata de percal rameado y unas babuchas. Por dentro iba de riguroso cutis, y cuando llegaba el invierno se ponía un gabán saco muy viejo, con forro de bayeta, y una gorra de piel que le había quitado á un vecino.

En cuanto llegaba el primer día del mes, iba corriendo á cobrar los alquileres cuarto por cuarto, y si algún inquilino le pedía espera, comenza-



ba á llorar y á decir que estaba en un apuro muy grande y que no le era posible conceder prórroga. Después contaba y recontaba el dinero, miraba al trasluz los billetes de Banco y se iba sin dar las gracias. Algunos días llamaba en la habitación de los inquilinos para decirles con voz lastimera:

—Tienen ustedes un pedacito de pan sobrante? Es para dárselo á una pobrecita viuda, que está impedida. Pero el pan era para él y en cuanto llegaba á su casa, se lo comía silenciosamente arriado á un cofre viejo que le servía de mesa, porque él tenía una y se la vendió al museo arqueológico, diciendo que era la misma ante la cual se sentaban á comer el rey don Rodrigo y Florinda ó la Cava.

A la pobre sobrina la trataba muy mal, y más de una vez vino la infeliz á llamar á mi habitación, para pedirme hilo blanco con que coserse una chambra. Entonces me decía:

—Ay! ¡No sabe V. lo miserable que es mi tío! Tuve yo un novio, que era aficionado á domesticar animalitos, y me regaló un galápago muy inteligente, que sabía bailar y subirse á las sillas; mi tío en cuanto le vió, se puso á acariciarle hasta que logró captarse su confianza y un día, cuan-

do el animalito estaba más descuidado, se lo comió en pepitoria.



A mí me daba lástima aquella pobre joven, que carecía de alimentación conveniente; y siempre que tenía ocasión, le regalaba los garbanzos sobrantes del cocido, y ella los recibía con lágrimas de gratitud.

¿Qué se ahumaba la carne? Pues se la dábamos á la sobrina del casero. ¿Qué resultaba putrefacta la merluza? A la sobrina con ella. ¿Qué picaban los pimientos morrones? A la sobrina. En fin, ella lloraba de gratitud y cogía unas irritaciones horribles, pero en cambio se nutría, que era lo que deseábamos todos.

En cierta ocasión mi criada trajo de la compra un besugo que andaba solo, y al verle guisado lo rechazamos con indignación todos los de casa.

—Este besugo ha entrado en un período de fran-



ca descomposición—dijo un médico que comía con nosotros.

La criada, ofendida en su dignidad, cogió el besugo y se lo llevó á la cocina, no sin asegurar que estaba tan fresco como el primer besugo que quisiera presentarse; pero en vista de nuestras opiniones, contrarias á dicha frescura, resolvió regalárselo á la sobrina del casero.

—¡Qué amables son ustedes!—decía la infeliz clavando los ojos en aquel pez de mirada vaga.

Y se llevó el besugo lleno de alegría.

Al día siguiente tuve la desgracia de encontrarme á D. Prisco en el primer descanso de la escalera. El hombre subía todo acongojado y al verme me dijo:

—No sabe V. lo que me pasa?

—No, señor.

—Pues que ha llegado de Sevilla una persona á quien debo todo lo que soy. Viene á ser mi segundo padre, como quien dice.

—No veo la desgracia.

—Sí, señor; es una verdadera desgracia, porque yo á este hombre le quiero más que á las niñas de

mis ojos, y estoy en el caso de convidarle á comer ¿Qué diría de mí si no le manifestase de alguna manera mi gratitud?

—Convidele V.

—Eso se dice muy fácilmente; pero V. no sabe



que mi posición es apuradísima. Tengo dos pisos desalquilados en la calle de la Gorguera; además se me ha roto un cristal de la ventana del comedor y como si todo esto no fuera bastante, ayer perdí la caja de los anteojos.

El hombre, al hablar así, se apoyó en el pasamanos para no caer. Yo bajé las escaleras riendo y él entró en su casa muy ofendido.

Aquella tarde reinaba en el hogar de D. Prisco movimiento inusitado. Allí estaba su protector, dispuesto á comer y á echar una cana al aire, en compañía de su protegido. La sobrina de éste había invertido toda la mañana en disponer las cosas para que no faltase lo más necesario y á cada momento llamaba en mi casa, para pedirme un tenedor, ó una servilleta, ó unos carboncitos para encender la lumbre.

—Hoy hay gran comida en casa de D. Prisco—murmuraban los vecinos con asombro.

—Va á echar la casa por la ventana.

—Se va á morir del disgusto.

Cuando estábamos en esto, salió su sobrina, toda acongojada, en busca de una persona caritativa que le diese unos granitos de arroz para hacer un poquito de sopa.



Pídaselos V. á su tío—le dije yo.

—¿A mi tío?—respondió ella.—Esta mañana le pedí un perro chico para una lechuga y por poco me mata.

—Entonces, ¿qué van á dar ustedes de comer al forastero?—repliqué yo.

Y dijo ella con la mayor tranquilidad:

—Pues... el besugo.

LUIS TABOADA.

6 Octubre, 1892.

(Prohibida la reproducción).